

GIOVANNI GUARESCHI, el autor de Don Camilo, su personaje más popular, nació en Fontanelle di Roccabianca (Parma), el 1 de mayo de 1908. Desde su adolescencia, a los dieciocho años, se dedicó al periodismo, pero como, además, según propia confesión, «nunca tuvo una lira», se dedicó a diversas actividades complementarias: dibujante de carteles, electricista, escenógrafo, caricaturista, preceptor y oficinista. Incluso trabajó de portero en una fábrica de azúcar. Comenzó la carrera de jurisprudencia, que no terminó. Con su existencia de bohemio, Guareschi podía haber sido muchas cosas: músico, poeta, loco, filósofo, etc. Pero eligió la que puede definirse como una síntesis de todas ellas: escritor humorista. Hay profesiones que dan tan poco dinero como cualquier otra de las cien que él ensayó, pero, además, proporcionan la inmortalidad. Los que quieren que las cosas materiales funcionen con cierta regularidad pueden estar agradecidos de que no todo el mundo sea tan ambicioso como Guareschi y que siga habiendo porteros, electricistas, escenógrafos y empleados del Censo, en vez de transformarse de repente todo este personal en humoristas de profesión. ¿Cómo sería posible el humorismo en una sociedad compuesta exclusivamente de humoristas? ¿A costa de quién sería el humorismo? Además, no está demostrado que un humorista tolere que se haga humorismo a su costa.

Sin embargo, incluso en esto puede haber excepciones, y tal vez una de ellas sea Giovanni Guareschi. Este autor es lo bastante sutil para ser, más que un satírico, un humorista puro.

Guareschi, además de escribir novelas y artículos, es padre de familia, y ha dedicado a esta familia fundada por él una obra, el Corrierino delle Famiglie, traducible por Relatos familiares, en el que habla de su mujer, Margherita, y de sus hijos, Albertino y Pasionaria. A veces, reflexiona sobre esa tendencia coqueta de muchos escritores a hablar de sí mismos. ¿Es que de verdad le asombra que su persona despierte la curiosidad de la gente? Si ese asombro fuese sincero, ¿para qué escribir, y además, a máquina, como dice él que escribe siempre, para que la gestación de su inmortalidad se haga más aprisa? Porque, tal vez, si Dante hubiese escrito a máquina, su Divina Comedia sería mucho más voluminosa.

Para Guareschi, como para el resto de los italianos de nuestro tiempo, se produjo ese acontecimiento terrible que ha causado tantas miserias, y también ha dado tantos millones a los productores de cine, y que se llama la Segunda Guerra Mundial. Fue movilizado, y después de pasar su correspondiente odisea, sobrevino la súbita rendición de Italia cuando se produjo la caída del Gobierno fascista, y él fue recluido en un campo de concentración por los alemanes que acudieron a marchas forzadas, en el «Lager» n.º 333, con número individual de 6865, en Sandbostel. Estuvo en Polonia, y, después, en Alemania. De muchas circunstancias personales suyas habla en su Diario Clandestino, pero silencia otras, por ejemplo, muchas de su permanencia en los campos de concentración. En aquella situación, verdaderamente «de película», se agenció un aparato de radio clandestino, y, algunas veces, corrió peligro de muerte. Le sobró humor para publicar (por vía oral, como en los tiempos heroicos de Grecia), un periódico que tituló Bertoldo sonorizado, y del cual era él el único redactor. Le ayudó en esta tarea un músico, compañero de encierro, el maestro Arturo Coppola, que «compaginaba» las entregas del extraño diario hablado, con ilustraciones musicales. Guareschi escribía también algunas canciones para esta emisión, destinada a consolar «a los italianos del exterior». Los cuadernillos supervivientes de aquellos tiempos de naufragio forman lo principal

del Diario Clandestino, publicado después de la guerra, al regresar a sus lares.

Son quizás estas circunstancias, que a veces pueden resultar trágicas, pero que siempre, en todo caso, resultan fatigosas, de «haber ido a la guerra», lo que explica, después, la reacción un tanto horaciana de los tiempos de posguerra del escritor: Lieve una vida muy sencilla – dice –. No me gusta viajar, no practico ningún deporte, no creo en las vitaminas. En compensación, creo en Dios.

El epicúreo Horacio no llegaría a decir tanto, pero es evidente que Guareschi y el autor de las Odas son paisanos, cada uno en la época y el ambiente en que les tocó vivir. Ambos recuerdan «su» guerra con un gesto de ironía para con los monumentos de las estatuas ecuestres. Horacio tiró el escudo. Guareschi sostuvo a dos manos... la cazuela del rancho. Son los cantores del empequeñecimiento. ¡Ay del que intente subirse al pedestal, del que quiera apabullar, imponer, hacer de figurón! Guareschi hará con él lo que esa palomita que se sube a la cabeza de la estatua y añade un sedimento más a las irreverentes y ya secas añadiduras que estropearon por arriba la intención del escultor al modelar la cabeza del superhombre.

No obstante, podemos preguntarnos: ¿basta con ser una palomita así para tener derecho a identificarse con la de la paz? La ironía puede llegar a irritar, más que a empequeñecer. Y la ironía es el medio ambiente en que Guareschi respira en la casi totalidad de su obra.

En cuanto a su estilo, corre parejas en algunos momentos de paradoja, de puro juego de ingenio, con el de Saroyan, Giovanni Mosca y algunos humoristas españoles actuales. Ese comenzar su biografía con la biografía de «una bambina» que nació el mismo día y en el mismo año que él, en una casa del otro lado de la plazuela... El problema aritmético que plantea para que el lector se moleste en averiguar la edad de su mujer...

Uno de los más célebres cultivadores de esta técnica humorística (llegar a una conclusión irónica indirectamente, a base de hechos escuetos, lógicos o rigurosamente serios), fue Bernard Shaw, quien, a su vez, seguía una larga tradición de dialéctica anglosajona, que las gentes del otro lado del Canal emplean indistintamente para libros de humorismo y para discursos parlamentarios. Pero, al mismo tiempo, el humorismo de Guareschi es cálido. Habla con el lector haciéndole confidencias como con los amigos en un guateque. Ironizando respecto a su esposa, contándonos detallitos de su vida de padrazo de puertas adentro, se nos hace inevitablemente simpático.

Podríamos hallarle también una resonancia con el humorismo de Santiago Russinyol, pero le falta el reverso de melodrama que este escritor catalán se complacía en usar en algunas de sus producciones; cosa típica del ochocentismo, y que aproxima más a Russinyol a Daudet que a Guareschi.

Aparte sus artículos periodísticos y otras actividades cuya sola multiplicidad (hoy decimos «bohemia»; antaño, hubiéramos dicho «renacentista») ha bastado a darle fama, Giovanni Guareschi es autor de Pequeña mezcla (Lo Zibaldino), miscelánea de crónicas familiares y narraciones de sutil humorismo, en las que, como él dice, «aparece sin bigotes». Relatos familiares (Corrierino delle famiglie), el encantador libro en que nos presenta a su familia, en particular a sus pequeños, es la más confidencial de sus obras. Don Camilo y El camarada don Camilo, las dos novelas que más fama le han dado por tratar humorísticamente el candente problema del comunismo y la nacionalidad en todos los países del mundo, han sido llevadas a la pantalla con gran acierto. Hemos hablado ya del Diario Clandestino, sobre el que no insistiremos. Su novela El destino se llama Clotilde es la más

representativa del género «novela», aquella en la que el humorismo llega a su culminación. Igual trayectoria siguen El marido colegial, El descubrimiento de Milán (humorístico con intenciones autobiográficas), Italia provisional (recuerdos de la posguerra en su país) y La fábula de Navidad (La favola di Natale), que viene a complementar sus Memorias del campo de concentración.

El día 22 de julio de 1968, el mundo de los lectores de todos los países de Europa recibió con pena y con agradecida memoria la noticia de la muerte de Giovanni Guareschi.

RAFAEL BALLESTER,
da *Obras de Giovanni[no] Guareschi*
Plaza & Janez, S. A. Editores, 1969

